

*Niña de Luna*  
(Versión condensada)

~  
*Moon Child*  
(A condensed version)

*By/por Jagna Boraks (Lillian J. Nemetz)*

La mujer tembló aunque el cuarto estaba abrigado. Fue un temblor salido de muy adentro, el temblor de un joven abedul plateado apuñalado por la primera escarcha invernal.

Se sentó con las piernas separadas. Un pequeño círculo de sangre en la sábana le confirmó que ya no era virgen. No era gran cosa ser virgen en la noche de bodas, aun en los años cincuenta. Ella siempre había pensado que su virginidad era más bien el resultado del miedo que de la virtud. Las insinuaciones sexuales de los hombres la asustaban. Cada vez que se encontraba con un hombre, al borde de un abrazo apasionado, algo se encendía en su cabeza, y le llegaba una visión: una niña escualida, de no más de doce años, con trenzas rubias y una cara llorosa y descarnada se le aparecía de la nada. La misma niña a quién veía en sus pesadillas, siempre llevando un delantal negro y harapiento, siempre llorando, casi siempre allado de un viejo calvo y desnudo, sus genitales sudados frente a su cara. Cuando la visión desaparecía, Liz sentía que algo aterrador le removía la mente, una imagen borrosa que no podía descifrar, pero que la dejaba con una sensación de náuseas.

The woman shivered though the room was warm. It was an internal shiver from deep down, a shiver of a young silver birch stabbed by the first winter frost.

She sat up with legs spread apart. A small circle of blood on the sheet confirmed that she was no longer a virgin. It was no big deal to be a virgin on your wedding night even in the fifties. She had always thought that her virginity was more a result of fear than virtue. Men's sexual advances frightened her. Whenever she found herself with a man, just on the verge of a passionate embrace, a switch would click inside her head, and she'd have a vision: A runt of a girl, no more than twelve years old with blond braids and a weepy gaunt face would appear from nowhere. The same young girl, whom she saw in her nightmares, always wearing a torn black pinafore, always weeping, almost always next to an old man, bald headed and naked, his sweaty genitals close to her face. In the aftermath, Liz would feel something awesome stir in her head, a blurry image of which she could make no sense, that brought on a feeling of nausea.

Se tendió en la cama, dejando que la noche envolviera su cuerpo y su mente, y la cubriera con su transparencia. La débil luz de la luna hacía siluetas de las formas a su alrededor. El motel de precio módico en las afueras de la ciudad y el letrero con el nombre Señor y Señora Recién Casados Desconocidos. Sangre en la sábana. Nadie le había dicho que esto sería lo que le pasaría en su noche de bodas. ¿O sí? Apretó los párpados y dejó que la invadieran las imágenes.

Ahí estaba otra vez, la niña de doce años, al borde de los párpados de Liz, flotando adentro de un rayo de luna e iluminándose sobre la cómoda, al lado opuesto de la cama. La niña empezó a hablar.

“Te voy a contar un cuento que el mundo adulto olvidó, sobre niños que sufrieron y se acordaron”, habló la voz desde el rayo de luna.

She lay very still now, letting the night entomb her body and mind, and bury them inside its earthlessness. Only the faint light of the moon outlined the existing shapes: The midium-priced motel on the edge of town, and Mr. and Mrs. Newly Wedded Strangers.

Blood on the sheet. Nobody told her it would happen like this on her wedding night. Or had they? She clenched her lids and gave way to floating images.

There she was again, the twelve-year-old, on the edge of Liz's eyelids, floating inside a moon beam and alighting on a dresser vis a vis the bed. The girl began to speak.

“I'll tell you a story, that the adult world forgot, about children who suffered and remembered,” spoke the voice out of the moonbeam.



Liz se quedó paralizada entre las almohadas. A través de todas las visiones y pesadillas, se había encontrado inextricablemente atada a esta niña.

“Todo tuvo que ver con el secreto”, continuó la voz. “El secreto que nadie se atrevió a romper, ni siquiera papa, que murió enterrándolo en el silencio de su propio dolor. El terrible silencio de Dios mismo. El silencio que se pudría en las paredes del hogar de tus padres y se arrastró hasta llegar a tu lado en tu noche de bodas, se arrastró por el pasillo de la iglesia y luego se metió a este cuarto de hotel. Se filtró como un jarabe enfermizo en tu alma y en tu cuerpo. El silencio te susurraba por medio de sueños llenos de sudor y recuerdos fiebrados, susurros sobre niños muriéndose de tifoidea y hambre en el Ghetto de Varsovia, y sobre la exterminación de millones de judíos en los campamentos diseñados por los arquitectos nazis. El silencio de viejos

Liz lay transfixed among the pillows. Through all the visions and nightmares, she had found herself inextricably bound to this young girl.

“It all had to do with the secret,” continued the voice. “The secret that no one dared to speak, not even father who died, having buried it inside the silence of his own pain. The awesome silence of God himself. The silence that festered in the walls of your parents' home and crept beside you on your wedding night, down the aisle, then afterwards into this motel room. It seeped like a sickening syrup into your soul and body. The silence whispered to you through sweaty dreams and feverish remembrances, about children dying from typhoid and hunger in the Warsaw Ghetto, and the extermination of millions of Jews in the camps designed by the Nazi architects. The silence of despicable old men reaching for young girls. Remember him,

despreciables, buscando a niñas jóvenes. ¿Te acuerdas de él, el viejo que prometió ayudarte cuando andabas por ahí, sola, de pueblo en pueblo, escondiéndote del enemigo? ¿Te acuerdas que te alcanzó en el camino, cuando llevabas una jarra llena de leche? ¿Te acuerdas que te forzó sobre la nieve y cambió tu vida por su placer, tu sangre mezclándose con la nieve y la leche derramándose a las orillas del camino cubierto de hielo? Fue la sangre de tu madurez de los doce años, tu primera sangre, la que lo detuvo y le impidió llegar hasta el final, además de tus patéticos gritos que nadie escuchó. ¿Te acuerdas?

La voz de la niña se quebró. Empezó a llorar. Liz abrió los ojos y se sentó. La voz y las palabras que escuchaba no se parecían en nada a las de una niña.

Una nube gris había tapado la luna. Miro hacia la cómoda y dentro del espejo. En él vio su propio reflejo. Era ella la que lloraba. La niña seguramente se había esfumado en la nube gris. Por primera vez en su vida, Liz quería que esa niña estuviera ahí, con ella, para compartir el pasado, para abrazarla y protegerla, para curar su dolor.

***"Le prometió a su memoria que seguiría adelante de la mejor manera posible con lo que se la había dado". ~***

Su nombre completo era Elizabeth Slava. En Polonia la habían llamado Slava. Pero acá era simplemente Liz. Sus padres le habían dicho al llegar a este país que Slava era un nombre demasiado extranjero. Que ella, Slava, era una inmigrante con recuerdos vergonzosos.

"Olvídate de todo", le dijeron. "Ahora estás en Canada". Al principio Liz había tratado de olvidarse de lo que le había pasado a Slava en Polonia, pero después llegó a entender que la vergüenza no era de ella sólo, que le pertenecía a la gente del mundo. Gente que era indiferente al dolor de los otros. Gente que negaba el dolor y sufrimiento de los niños. Esta noche, su noche de bodas, tan especial y tan llena del oscuro dolor del recuerdo, había grabado para siempre la verdad en su mente conciente.

Por fin llegó el amanecer, y la mujer yacía en los brazos de su marido. Sabía que la noche anterior era solamente el comienzo de un largo túnel por el cual tendría que viajar desde un pasado oscuro hacia la luz. Pero, ¿qué pasaría con su marido? ¿Habría un lugar para él, entre ella y la niña herida en sus entrañas?

Le prometió a su memoria que seguiría adelante de la mejor manera posible con lo que se le había dado, que era, al fin de cuentas, la educación de una sobreviviente.

*Jagna Boraks (Lillian J. Nemetz) es poeta y traductora. Vino a Canadá desde Polonia, donde pasó dos años de su niñez en el Ghetto de Varsovia y tres años escondiéndose de los nazis. Traducción de Carmen Aguirre y Carmen Rodríguez*

the old man who promised to help you, when you were wandering alone from village to village, hiding from the enemy, how he caught up with you along the road, when you were carrying a can full of milk? How he forced you onto the snowy bank? How he traded your life for his pleasure? How your blood mingled with the snow and the spilt milk on the icy roadside? It was the blood of your twelve year old maturity, your first blood that stopped him from going all the way, and your pathetic unheard screams too, remember?"

The girl's voice cracked. She began to weep. Liz opened her eyes and sat up. The voice and the words it spoke didn't sound at all like a little girl's.

***~ "She would, she promised her memory, do her best with what she had been given."***

A grey cloud had covered the moon. She looked over to the dresser and into the mirror. In it she saw her own reflection. It was she who was weeping. The girl must have vanished into the grey cloud. For the first time ever, Liz wanted that child to be there with her, to share the past, to hug and protect her, to heal her pain.

Her own name was Elizabeth Slava. In Poland they had called her Slava. But here she was just plain Liz. Her parents told her when they came to this country that Slava was a foreign sounding name. That she, Slava, was an immigrant with shameful memories.

"Forget everything," they said. "You're in Canada now."

At first Liz had tried to forget what had happened to Slava in Poland, but later she had come to understand that the shame was not hers alone but belonged to the people of the world. People who were indifferent to the pain of others. People who denied the pain and the suffering of children. This night, her wedding night, so special, and so filled with the dark pain of remembrance, had forever carved its truth upon her conscious mind.

It was finally dawn, and the woman lay in her husband's arms. She knew that last night was only the beginning of a long tunnel through which she must journey out of a dark past towards the light. But what of her husband? Would he fit in between her and the hurt child inside?

She would, she promised her memory, do her best with what she had been given, which was after all, a survivor's training.

*Jagna Boraks (Lillian J. Nemetz) is a poet and translator. She came to Canada from Poland, where she spent two years of her childhood in the Warsaw Ghetto and three years hiding from the Nazis.*